

Darwinismo y eugenesia en fantasías literarias de intelectuales argentinos de comienzos del siglo XX: Bunge y José Gabriel¹

Darwinism and Eugenics in literary fantasies of Argentinian thinkers in the early twenty century: Bunge and José Gabriel

Gustavo Vallejo²

Resumen

El trabajo busca abordar aspectos del papel del intelectual en la Argentina del 1900, especialmente en su capacidad anticipatoria revelada en la recepción de teorías científicas. Particularmente, analiza la presencia del darwinismo social y la eugenesia en textos literarios que permiten a sus autores enunciar una toma de posición ideológica trascendente al carácter fantástico de la obra en sí. De ese modo, la trama ficcional enmascara, sin ocultar, el propósito íntimo de sobreponer a esas teorías científicas la mirada vanguardista del intelectual asumido como faro de la sociedad. Así sus reinterpretaciones entrañan una tarea didáctica dirigida a orientar la comprensión de problemas complejos. Como expresión de esta problemática, se analizarán aquí dos obras aparecidas en Buenos Aires que buscaron polemizar y abrir interrogantes allí donde la ciencia sólo advertía certezas. *Viaje a través de la estirpe* (1908) de Carlos O. Bunge y *Farsa eugenesia* (1927) de José Gabriel.

Palabras clave: Darwinismo social. Eugenesia. Carlos O. Bunge. José Gabriel. Argentina.

Resumo

O presente artigo procura indagar sobre os aspectos do papel do intelectual na Argentina nos anos 1900, especialmente sobre sua capacidade para revelar a recepção de teorias científicas. Analisa-se a presença do darwinismo social e da eugenia nos textos literários que permitem a seus autores enunciar uma posição ideológica trascendente ao caráter fantástico da obra mesma. Desse modo, a trama ficcional mascara, sem ocultar, o propósito de sobrepor a essas teorias científicas o olhar vanguardista do intelectual assumido como farol da sociedade. Assim, suas reinterpretações envolvem uma tarefa didática dirigida a orientar a compreensão de problemas complexos. Como expressão dessa problemática, se analisam duas obras aparecidas em Buenos Aires que procuraram polemizar e abrir questões no espaço em que a ciência só advertia certezas. Essas obras são: *Viaje a través de la estirpe* (1908) de Carlos O. Bunge e *Farsa eugenesia* (1927) de José Gabriel.

Palavras-chave: Darwinismo social. Eugenia. Carlos O. Bunge. José Gabriel. Argentina.

¹ Este trabajo se enmarca en las tareas comprendidas dentro del PIP CONICET 114-201101-00379.

² Pesquisador do CONICET, IIB INTECH/CONICET UNSAM. E-mail: gvallejo@intech.gov.ar



Esta obra foi licenciada com uma Licença [Creative Commons - Atribuição 3.0 Não Adaptada](https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/)

Abstract

This work explores the thinker's role in Argentina near 1900. Specially, it focuses about their anticipatory capacities to receive scientific theories. In this context, this paper analyzes the presence of Social Darwinism and Eugenics in some literary texts, who allowed to their authors to show an ideological position that it was transcendent to the fantastic character of those papers. Thus, the fictional argument conceal, without hidden, the intimal purpose of overlay these scientific theories on vanguardist view of two intellectuals, who assumed themselves as a headlight of society. So, their reinterpretations involved a didactic task aimed to guide the understanding of complex problems. As expression of this problem, we will discuss here two works published in Buenos Aires that had the goal of polemicize and open questions in a place where the science only saw certainties. They are *Viaje a través de la estirpe* (1908), of Carlos O. Bunge and *Farsa eugenesia* (1927), of José Gabriel.

Keywords: Social Darwinism. Eugenics. Carlos O. Bunge. José Gabriel. Argentina.

Introducción: la eugenesia, el hilo y las huellas

Como forma de expresar la función del historiador, recuerda Ginzburg aquel relato que nos legaron los griegos según el cual Teseo recibió como regalo de Ariadna, un hilo. Con ese hilo se orientó en el laberinto, encontró al Minotauro y le dio muerte. Sin embargo, de las huellas que Teseo dejó al vagar por el laberinto, el mito no habla (GINZBURG, 2010, p.9).

Valiéndonos de la sugestiva imagen de Ginzburg, que entraña la advertencia por los riesgos de reducir el relato histórico a la condición de mito, nuestra intención será aquí contribuir en las indagaciones del hilo, pero también de las huellas, yendo desde la identificación del problema que significó la irrupción de la eugenesia en Argentina hasta la detección de fermentos de la misma expresados en forma de relatos anticipatorios. Así, el hilo que conduce a ver el itinerario que va de la recepción del darwinismo a la eugenesia, será indagado a través de la exploración de huellas dejadas por esa teleológica trayectoria en la cultura científica.³

En efecto, hacia 1930 la Argentina posee un muy activo campo eugénico, basado en coerciones promovidas a través del control del ambiente y la confianza en

³ Por cultura científica, entendemos el sentido que le ha dado Terán, como una difusa amalgama de intervenciones teóricas que reconocen el prestigio de la ciencia proveyendo legitimidad a sus argumentaciones (TERÁN, 2000).

la incidencia de un entorno moralizador sobre la mejora de la raza.⁴ El particular arraigo que ya evidencia la eugenesia trasciende el plano de la mera curiosidad para constituirse en un epifenómeno que expresa mucho de la cultura científica y la cultura política en la ella está inmersa. En ese sentido, cabe destacar allí el impacto de la crisis internacional de 1929, no sólo por las consecuencias al interior mismo de la economía y del aun endeble sistema político democrático argentino. Sino porque, además, se interrumpe el flujo inmigratorio y la eugenesia viene a establecer el estereotipo nacional deseado, antes que un nuevo “aluvión” genere un “patrón racial” que no logre sobreponerse a los riesgos de “absorción” por una “otredad” inasible - amarillos, negros, judíos, comunistas, podían ser parte de ese universo-. Para que estas ideas pudieran ser puestas en práctica, era necesario que se produjera una eficaz articulación entre la cultura política y la cultura científica. Ella tendrá lugar en setiembre de 1930, cuando poco después de que un golpe militar terminara con el gobierno democrático de Hipólito Yrigoyen y colocara en su lugar al General Uriburu, visitó Buenos Aires Nicola Pende, líder internacional de la corriente eugénica promovida por el fascismo italiano que se conoció como biotipología.⁵

Más tarde, y en una de sus primeras medidas adoptadas, el nuevo presidente encargó a Arturo Rossi y Octavio López la misión de dirigirse a Europa a estudiar los avances de la eugenesia en ese continente a los fines de organizar instituciones que permitieran su aplicación en Argentina. Con el regreso de Rossi y López nació la Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social, bajo la dirección honoraria de Pende, para constituirse en la institución eugénica más activa de Latinoamérica. Ella se constituyó en una verdadera caja de resonancia de la orientación seguida por la eugenesia italiana, desde donde propició la directa implementación de las mismas medidas en Argentina valiéndose de un fluido diálogo con el Estado que animó insistentemente el propósito de integrar ciencia y poder, eugenesia y fascismo.

⁴ El desarrollo de la eugenesia ambiental (o también latina) en Argentina, ha sido principalmente abordado en diversos artículos de Miranda y Vallejo y obras colectivas que ambos coordinaron, donde se puso de manifiesto el alto grado de coercitividad de esa eugenesia ambiental en Argentina, trascendiendo visiones historiográficas estereotipadas bajo una dialéctica genético/ambiental, que fue siempre asociada, sin mediaciones, con los atributos de reaccionario/progresista. Entre las citadas obras puede verse: (MIRANDA-VALLEJO, 2012).

⁵ Sobre la influencia del fascismo italiano en la ortodoxia eugénica argentina, puede verse a Miranda (2011), Vallejo (2012).

Fermentos de esta eugenesia pueden hallarse en distintos tipos de discursos a comienzos de siglo XX, aún de aquellos que participaron de la recepción de ese ideario desde lógicas antitéticas o correccionales (GLICK; HENDETRSON, 1999). Vale decir, la conformación de un *corpus* eugénico con sesgos lamarckianos y moralistas que reconocerá la fuerte influencia del fascismo italiano, también presenta antecedentes de libres interpretaciones de una literatura ficcional que participó del debate abierto por el campo biomédico argentino.

Nos detendremos aquí en textos que buscaron polemizar y abrir interrogantes donde la ciencia sólo advertía certezas, aun desde coordenadas ideológicas variadas, como se revela en el cuento *Viaje a través de la estirpe* (1908) de Carlos O. Bunge, jurisconsulto que se mueve con ciertos rasgos heterodoxos entre el positivismo, darwinismo, racismo y conservadorismo; y la obra teatral *Farsa eugenesia* (1927) del filósofo idealista y antipositivista, José Gabriel.

Ambos, a su modo, plantearon una puesta en cuestión del determinismo genético. En el caso de la obra de Bunge, se lo hace desde un cuestionamiento al racismo aristocrático que preanuncia la necesidad de desarrollar, para una emergente sociedad burguesa que tiene en la Iglesia a un importante factor de poder, formas más elaboradas de eugenesia que fueran comprensivas de la incidencia de la religión en la sociedad. Mientras que, el texto de José Gabriel, puede decirse que se constituyó en la más ácida crítica aparecida en Argentina a la matriz eugénica en su conjunto, al quedar ésta inmersa en una ridiculización del ambiente gestado por esa sociedad burguesa, con todos sus vicios. En efecto, José Gabriel coloca como vehículo favorecedor de la difusión de la eugenesia, aquellos disvalores arraigados en el poder médico del '900, que en su texto comprenden la doble moral, los prejuicios socioculturales y un academicismo que convierte a la sólo invocación de la ciencia una fuente legitimadora de toda acción emprendida bajo cualquier intencionalidad, incluso las más espurias.

Se trata así de situar ambos aportes en los prolegómenos de la eugenesia ambiental en Argentina, donde la fantasía literaria aparece como un espacio para tematizar con amplia libertad expresiones que despertaban abierta fascinación dentro del saber biomédico y, por su injerencia, también en otros saberes con los que compartía su voluntad de poder.

1 Recepción del darwinismo y la eugenesia

Bunge y José Gabriel participan de un debate ya abierto en la cultura científica argentina. Recordemos que en la introducción de teorías biológicas modernas y la extrapolación social ocupó un espacio singular el naturalista Eduardo Holmberg y su obra *Dos partidos en lucha* (1875),⁶ donde de manera absolutamente maniquea presenta a darwinistas y “rabianistas” en una teatralizada confrontación por el acceso a la verdad.⁷ Esta forma de recepción fue consustancial a las disputas dentro de un sistema de valores y diagramas sociales en los que la sola mención de Darwin alimentaba batallas ideológicas que dividían a la élite decimonónica. Es que si las ideas científicas son recepcionadas conforme una variedad de ejes de discurso, entre los cuales el más obvio es el que plantea el par oposicional verdadero/falso, en las sociedades rioplatenses la irrupción del darwinismo se concentró inicialmente en torno al eje bueno/malo (GLICK, 1999), como lo expresaba la obra de Holmberg, en tanto pieza basal de un argumento racional de rechazo al dogma religioso.

Ya en torno al 1900 aparecen observaciones que trascienden la inicial visión estereotipada de una dialéctica planteada entre darwinismo y religión, para avanzar hacia otras cuestiones. Aquel unívoco eje bueno/malo, que funcionaba igual y de manera inversa para darwinistas y católicos, dará paso a problematizaciones más complejas, como aquellas dirigidas a abordar nuevas formas de control social avaladas por la ciencia que abrirían las puertas al desarrollo de la eugenesia. Es que la propia cultura científica comienza a mostrarse capaz de canalizar tematizaciones disímiles del darwinismo cuando trasciende al plano social, bajo axiologías que no requerían de la contracara representada por el saber religioso para sustentarse. Vale decir, el darwinismo social puede ser entendido como un mecanismo que, sin fundamentos científicos, atenta contra la racional igualdad de derechos, y también como una metáfora capaz de iluminar estrategias dirigidas a hacer más eficiente el ejercicio del poder. Las antitéticas percepciones que podían tener esas derivaciones del darwinismo, las encontramos, casi simultáneamente, en dos médicos socialistas como José Ingenieros y Alicia Moreau. El primero lo hizo en su tesis doctoral titulada

⁶ Esta obra ha sido analizada por agudos trabajos (MONSERRAT, 1999); (MIRANDA, 2002)

⁷ Rabián es el caudillo antitransformista del relato.

La simulación en la lucha por la vida (1903), donde se valió del darwinismo social en su búsqueda de mecanismos de coerción que contuvieran la masividad de la vida moderna para identificar lombrosianamente al “simulador”, aquel que se confunde en el magma de la vida moderna y evita con engaños aceptar el lugar que le correspondía ocupar en la sociedad, como estrategia de supervivencia.

La obra tuvo una casi simultánea edición en Turín que ratificó los vínculos de Ingenieros con la Escuela Positiva y con los primeros esbozos de organización de la eugenesia en Italia. De hecho, en la reedición de 1904, Ingenieros agregó la nota a pie donde indica que ideas suyas “acaban de ser confirmadas por el movimiento eugénico rápidamente difundido” (INGENIEROS, 2003, p.132). Y por otro lado, y proveniente del mismo campo profesional, la joven Alicia Moreau, en 1907, irrumpió en la escena pública en su afán de socavar la validez de los usos sociales de teorías biológicas para afianzar una idea de orden (MOREAU, 1909), formulando una temprana crítica al credo degeneracionista y eugenista (VALLEJO, 2007, p.286). La crítica lleva el valor añadido del sitio en el que se la formuló: la científica Universidad Nacional de La Plata, institución conducida por el positivista Joaquín V. González quien, precisamente, sería uno de los primeros impulsores del eugenismo en la Argentina.⁸

Vale decir, antes de tener internacionalmente su gran puesta en discurso, la eugenesia, como estrategia de aceleración en los tiempos de la evolución demandada por el darwinismo social, estaba instalada en Argentina a modo de natural prolongación de los objetivos y praxis de la Escuela Positiva y las diversas vertientes lombrosianas de enorme impacto en saberes permeados por el positivismo decimonónico. En efecto, en 1911 falleció el mentor de la eugenesia como disciplina científica, Sir Francis Galton, y al año siguiente Leonard Darwin, hijo de Charles, organizó en Londres el Primer Congreso Internacional de Eugenesia que reunió a notables figuras y sentó las bases de un movimiento de trascendencia universal. Si bien ese episodio de 1912 funcionaría en adelante como un decisivo factor en la propagación posterior de la ciencia de Galton, lo que queda en claro es

⁸ González junto a Gregorio Aráoz Alfaro y Víctor Delfino promovieron la creación de la primera Sociedad Argentina de Eugenesia en 1918, en directa correspondencia con las iniciativas que desarrollaba Renato Kehl confluente en la creación del Instituto brasileño de eugenesia.

que antes de aquel momento crucial el tema era bien conocido en Argentina, algo que los textos de Bunge y José Gabriel ponen de manifiesto.

Por un lado porque Bunge escribe cuatro años antes del Congreso de Londres, y por otro porque José Gabriel construye su texto desde la identificación de la hegemonía del positivismo en el campo médico del cambio de siglo donde Ingenieros y Moreau tempranamente habían advertido el impacto de la eugenesia incluso antes aun de novedades como las esterilizaciones compulsivas que empiezan a ser realizadas en 1907 en los Estados Unidos. Así, las vastas reverberancias del Congreso de Londres, no alcanzarán a nuestro país sobre un vacío sino sobre un sustrato de inquietudes preexistentes, que en ciertos casos permitirían orientar la forma de recepción de esta nueva teoría.

De este modo podemos situar las obras literarias de Bunge y José Gabriel dentro de un lábil cuerpo de ideas que aun en su diversidad contribuyó a establecer en el ámbito local particulares modos de recepción de una teoría universal. En ese sentido y partiendo de reflexiones analíticas sobre la difusión de las teorías científicas modernas, que han dado cuenta de variantes en las lógicas de recepción que van desde las téticas a las antitéticas, las correccionales y las extensionales (GLICK; HENDERSON, 1999), podemos pensar que los textos de Bunge y José Gabriel forman parte de una posición activa en la que ya no hay lugar para la primera opción -tética- que nos plantearía una aceptación absoluta, a la manera de la consideración del darwinismo en *Dos partidos en lucha* (HOLMBERG, 1875). Estamos entonces dentro de un plano en el que Bunge se vale de las lógicas correccionales y José Gabriel de las antitéticas, confluyendo las opciones de ambos, a su vez, con lógicas extensionales, donde la teoría pura es decantada por el tamiz de un intelectual que a su vez busca aleccionar a sus pares y a la sociedad toda. Y en ese punto nos situamos también en los prolegómenos del impacto más duro de la eugenesia en Argentina, en expresiones anticipatorias de un proceso que derivará en la consolidación de un preciso campo en la cultura científica argentina.

Puede decirse entonces que los textos de Bunge y José Gabriel exploran aspectos que resultarán sustanciales en lo que más tarde será el *corpus* eugénico argentino. Este último se caracterizará por articular la religión con la ciencia a partir de rasgos lamarckianos y moralistas, condensados en un programa estrechamente ligado a una precisa coyuntura política. La que en 1930 trajo aparejada la gestación

del primer golpe de militar, acompañado del intento de conformar un Estado corporativo, a imagen y semejanza del italiano, donde la eugenesia sería un elemento central de la filiación ideológica y política perseguida para llevar a cabo tácticas de disciplinamiento y control social por medio de las transformaciones ambientales que supusieran crear un entorno moralizador capaz de incidir en la mejora de la raza. Esta forma de entender la eugenesia, en directa vinculación con las necesidades del poder público, afirmarán un proceso de biologización de la política, donde los mecanismos para alcanzar la raza deseada se situarán en el cruce de la genética y la moral, la ciencia y la religión.

2 Los autores: Bunge y José Gabriel

Carlos O. Bunge nació y murió en Buenos Aires, en 1875 y 1918, respectivamente. Puede ser considerado el más notable exponente de la cultura científica argentina del cambio del siglo XIX al XX, comprometido con el darwinismo desde una libre interpretación del *Origen de las Especies* y la *Descendencia del hombre*. Aquellas libertades y licencias utilizadas para valerse del sabio inglés y su teoría en la explicación del funcionamiento de las sociedades hispanoamericanas, tendrá modulaciones tan curiosas como las que, en el propio Bunge, llegarán a buscar reunir aquello que los primeros darwinistas presentaban en términos visceralmente antagónicos: ciencia y religión.

Bunge fue uno de los principales referentes del positivismo argentino. Era un joven anglófilo cuando fue enviado en misión oficial por el gobierno argentino al Reino Unido para estudiar las *New School* y extraer de allí modelos que pudieran volcarse en una reforma educativa. Su informe influirá decisivamente en el programa gestado por el Ministro Joaquín V. González para crear la Universidad Nacional de La Plata en 1905, donde Bunge también se desempeñará como docente (VALLEJO, 2007). La anglofilia de Bunge hallaría además interlocutores como Miguel de Unamuno, especialmente por su común atracción por el evolucionismo social, que el español dejará en claro al traducir y prologar *El organismo social* de Herbert Spencer.

Bunge realizó influyentes consideraciones acerca del comportamiento de las sociedades latinoamericanas, mientras éstas eran objeto de un proceso de intensiva

modernización, acelerado por el arribo aluvial de inmigrantes ultramarinos. No obstante, dentro de la élite intelectual a la que pertenecía, se distinguió por las particulares reinterpretaciones que formuló al darwinismo para integrarlo a las corrientes historicistas de Fustel de Coulanges y Alexis de Tocqueville, y ciertas inflexiones idealistas y espiritualistas de Hippolyte Taine y Ernest Renan. Aunque nunca se apartara del marco conceptual positivista, Bunge llegó a cuestionar el valor de la “ley” en sí misma, para remarcar –a la manera de Friedrich Karl von Savigny- la trascendencia de la costumbre y del *volkgeist* en la construcción de las normas sociales. Pero por sobre ese eclecticismo, inscripto en todo un estilo que el modernismo cultural propagó a comienzos del siglo XX en la región, sobrevuela el preciso factor de decantación de ideas situado en torno a un organicismo social que remitía la búsqueda de reconstruir, con las teorías biológicas, el lazo o solución de continuidad entre los fenómenos naturales y los morales cortados abruptamente por la modernidad. El prevaleciente peso de la sociología spenceriana en Bunge, no impedía, entonces, integrar vectores racionales y carismáticos.⁹

La prematura muerte de Bunge en 1918 prácticamente coincidió con la irrupción en el escenario cultural argentino de José Gabriel, adquiriendo una importancia que contrasta notablemente con el escaso tratamiento historiográfico que mereció su intensa actividad. Entre Bunge y José Gabriel pueden identificarse, como en pocos intelectuales contemporáneos, rasgos antitéticos que atraviesan *tout court* lo ideológico y lo social. En efecto, mientras Bunge expresa de manera inequívoca la estabilidad del sector más encumbrado de la élite argentina, José Gabriel se ubica el punto opuesto de la escala social, procedente de una oleada inmigratoria que cruza el Atlántico empujada por la pobreza.

En verdad José Gabriel (sus apellidos que nunca utilizaba eran López Buisán) arribó a Buenos Aires con su familia en 1905. Había nacido en la aldea aragonesa Torre del Obispo en 1896 y murió también en Buenos Aires en 1957.

Obligado a obtener su sustento desde muy pequeño,¹⁰ podrá dedicarse plenamente a las letras cuando ellas se conviertan en una profesión rentable. Así,

⁹ Sobre la obra de Bunge puede verse a Terán (2000, p.135-206), Miranda (2004), Miranda y Vallejo (2006; 2009). El pensamiento de Bunge, también fue analizado comparativamente con el del brasileño Manoel Bomfim (FERNÁNDEZ BRAVO, 2002).

¹⁰ “A los 9 años, pedía yo limosna por las aldeas empotradas en los montes cántabros de la península, a los 10 era hortera (dependiente en una tienda), a los 11, peón de panadería, a los 12,

pasó a desempeñarse en periódicos y revistas como *La Época*, *La Patria*, *El Hogar*, *La Prensa*, mientras desarrollaba sus estudios en Filosofía. En 1916 esas inquietudes se vieron reforzadas por la llegada de José Ortega y Gasset a la Argentina para dictar un Curso sobre Kant que terminaría conmoviendo el eje de la cultura científica comenzaba a conmoverse: Ortega y Gasset tras ese curso se convertiría en la figura más influyente entre los intelectuales argentinos del siglo XX. El impacto de la visita de Ortega contribuyó a socavar los fundamentos del muy arraigado positivismo argentino, el cual, pasaba ahora a ser fuertemente interpelado por una nueva generación de jóvenes cultores del idealismo filosófico entre los cuales se destacaba precisamente el liderazgo ejercido por José Gabriel.

Dentro de la polifonía que podía atribuirse a ese idealismo, fue afirmándose una vertiente profundamente cuestionadora del orden social que comenzó por disputar los espacios que aún mantenía el positivismo científico en las aulas. La lucha ideológica y generacional planteada, tendría su clara manifestación en la Reforma Universitaria, estallido originado en 1918 en Córdoba y propagado a Buenos Aires y La Plata, antes de convertirse en un emblema la unidad cultural latinoamericana y del antiimperialismo regional. Los cambios originados en las revueltas estudiantiles posibilitaron a José Gabriel actuar en la cátedra, ampliando una tribuna antipositivista que ya comprendía sus columnas periodísticas y sus primeros textos sobre filosofía y arte. En 1920, publicó un ensayo sobre Evaristo Carriego, que Manuel Gálvez juzgará superior al que escribió Borges sobre aquel referente de la poesía de arrabal argentina. Le seguirán en pocos años unos diez libros sobre arte y cultura general, además de numerosos artículos dejarán permear una atípica perspectiva interesada en integrar lo alto y lo bajo, lo refinado y lo popular. Ya convertido en un referente de la cultura científica, José Gabriel se sitúa en el punto más antitético de Bunge, aquel intelectual enviado a estudiar los sistemas educacionales ingleses con el fin de aplicarlos en Argentina.

Entre otras cuestiones lo hace desde sus consideraciones sobre el deporte, en tanto expresión emergente de aquellos sistemas educacionales ingleses, entendido ahora como vehículo para transmitir un cuerpo de ideas bien diferenciado. Dirá entonces que “los domingos me voy a la cancha de fútbol a proporcionarme,

mozo de fonda, a los 13, pintor letrista, a los 14 mensajero, a los 15 empleado de escritorio” (GALASSO, 2013).

entre otros goces, el que no he experimentado nunca en mi oficio: el de la solidaridad”, pasión que prolongará en otros artículos inesperables entre sus pares, intelectuales de la alta cultura, sobre todo porque remarcaba que “en un partido de fútbol hay más arte que en muchas de las óperas del Teatro Colón” (GALASSO, 2013). Y prolongaba las valoraciones positivas que le atribuía a ese deporte, al considerarlo una metáfora del mundo social en el que había lugar para asumir posiciones proactivas ante los expansionismos culturales.

Porque si unos ingleses acriollados le enseñaron a nuestros muchachos las reglas de ese juego, estos no se quedaron en la imitación: trataron de olvidar lo aprendido y se pusieron a inventar (la gambeta rioplatense). Por eso nuestros universitarios van a Europa y sólo reciben cortesías y van nuestros futbolistas y arrebatan a la gente. Llevan lo que Europa conocía, pero lo llevan superado (GALASSO, 2013).

De ese modo, en la forma en que era practicado el fútbol en Argentina, existía para José Gabriel una enseñanza –que debían aprender especialmente los universitarios educados *à la page*- sobre cómo proceder en el plano cultural, en su más amplio sentido.

Así, dentro de las inquietudes de José Gabriel, prevalecerán entonces aquellas dirigidas a poner en cuestión los elitismos académicos y la moral burguesa que los originaban y que aquellos reproducían, por medio de la mordacidad, la ironía punzante y las reflexiones netamente corrosivas. Uno de sus blancos predilectos, en los que hallará reunidos los males del cientificismo y el *status quo* de una alta cultura sostenida a base de preconceptos, fue tempranamente identificado por José Gabriel en el positivismo y particularmente en la Psicología Experimental, introducida en Argentina por médicos, poco menos que decrépitos -en su consideración- que cultivaban un realismo ingenuo y eran reverenciados por el lugar social que ocupaban. En el Doctor Horacio Piñero,¹¹ alienista y psiquiatra atraído por la eugenesia, José Gabriel descargará un feroz ataque que no se disipará ni aun tras la muerte de aquel en 1919. Es que el molde de Piñero le serviría para identificar en el pensamiento de muchos otros positivistas a las mismas miserias que le atribuía a aquel.

¹¹ Nació en Buenos Aires en 1869 y murió en Mar del Plata en 1919. Tras graduarse realizó una prolongada estadía formativa en Italia y Francia. A su regreso dictó clases en el Colegio Nacional y en 1901 pasó a desempeñarse en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde quedó a cargo del primer Curso de Psicología Experimental del país. También creó el primer Laboratorio dedicado a esa materia (el segundo en Sudamérica). Junto a Ingenieros y De Veyga fundó la Sociedad de Psicología de Buenos Aires, que pasó a presidir (Vezzetti, 1988).

3 Viaje a través de la estirpe

Bunge en su obra interroga, desde una perspectiva científica y espiritual, las lábiles certezas existentes en torno a los motivos de la degeneración de la raza y los beneficios de seleccionar progenitores dentro de estirpes de raigambre aristocrática.

El protagonista, Lucas, es un médico que asiste a los últimos momentos de vida de Teresa, su esposa, a la que su “ciencia ha desahuciado y la religión prestóle sus últimos auxilios” (Bunge, 1908, p.8). Ante ella Lucas piensa que el “matrimonio pudo ser el más armónico y feliz, si no viniese, ¿ay! en mal hora á turbarlo la pésima índole de nuestros hijos”, que eran alcohólicos, semianalfabetos y débiles de espíritu, cuyos “desmanes y faltas” amargaron la vida de los dos (p.9). Y precisamente de esa amargura moría Teresa.

Lucas recordaba que el enlace había sido por amor desafiando a quienes desaconsejaban esa unión por la posición social inferior de Teresa. Nada le hizo pensar que su decisión no fuera la correcta, hasta que “nuestros hijos crecieron y demostraron, ¡ya incurablemente! sus sentimientos plebeyos y torpes pasiones” (p.10). Aquello no hacía sino poner en reverberancia la advertencia de su madre: “Una mujer de tan bajo origen como Teresa, decía, no podrá hacerte feliz, pues no te dará jamás hijos dignos de ti... Los caballeros nacen de damas y no de criadas” (p.11).

Ante los deplorables hijos de Lucas, las advertencias de su madre retumbaban con insistencia mientras situaba la herencia de su raza, compuesta de abuelos hidalgos en Castilla y patricios en América, en contraste con la inferioridad de su prole. La pregunta tautológica que se hacía era “¿Cuál sería, entonces, la causa eficiente de esta inferioridad, sino la plebeyísima sangre de mi esposa?” (p.11). Lucas no dudó en transmitir esa inquietud a Teresa, en su lecho de muerte. Y para su sorpresa, ella le respondió con un sorprendente desafío: “Dios te demostrará que es *tu* raza y no *mi* raza la causa de la triste degeneración de nuestros hijos” (p.12).¹² Luego de aquello, y cuando parecía que su muerte no tendría nada de particular, Teresa entró en un período de agonía y logró incorporarse para llevar a Lucas de la mano hasta Asrael, el Ángel de la Muerte y de la Agonía.

¹² La cursiva es de Bunge.

Asrael condujo a Lucas hasta “un alto y delgado anciano, de larga barba blanca, reluciente calva, fisonomía regular y expresiva e inteligentísimos ojos” (p.22). El anciano se aprestaba a guiar a Lucas en un viaje hacia el pasado, para ver la creación como la cinta de un gigantesco cinematógrafo y allí comprobar la dotación hereditaria de sus ancestros.

Como en *La Divina Comedia*, un viaje en el que Teresa cumple el rol de Beatrice, facilitó el encuentro con un Virgilio que, adaptado a los saberes en vigor, es ahora el mismísimo Darwin. Éste último se encargará de guiar a Lucas hacia donde conocerá el secreto de la vida. Es así que ante Lucas desfila la sucesión interminable de las épocas geológicas, la formación y desarrollo de la Tierra, la lucha de las especies por su supervivencia, el desfile fugaz de las civilizaciones, hasta que, al final del viaje, Darwin lo persuade de que todos descendemos de las más bajas formas de animalidad, lo que torna erróneo e injusto el sentimiento de las aristocracias. “Tu plebeya esposa Teresa -lo alecciona- no tuvo peores antecedentes que los tuyos” (p.89).

Puede pensarse que *Viaje a través de la estirpe* plantea un cuestionamiento profundo a un tipo de eugenesia, la de matriz aristocrática, sin que ello deba leerse como una variante democrática en la obra de Bunge. Por el contrario no busca desarmar el par oposicional superior/inferior, buena/mala herencia, sino reforzarlo y como una gran provocación social exaltar la necesidad de desconfiar de las presunciones respecto a la asociación inmediata de aquellas categorías con determinados grupos sociales. La inquietud está dirigida a detectar y favorecer la buena raza, la cual no es siempre patrimonio de las aristocracias. El pesimismo gnoseológico de Bunge insta a desconfiar de todo y de todos, especialmente en el contexto de la sociedad moderna donde los roles se confunden y la raza “degenera”. Bunge nos está instando a ir más allá de la eugenesia tradicional para encontrar otras formas más adecuadas de mejorar la raza. Retomando las categorías analíticas con las que Anne Carol distingue los distintos tipos de eugenesia que podía reconocerse ya a comienzos del '900, a la tradicional concepción aristocrática, donde las élites de sangre eran las seleccionadas, se superpuso otra de tipo tecnocrática, donde era parte de estrategias impulsadas por hombres de saber que pugnaban por avanzar del conocimiento del organismo individual al gobierno de todas las esferas del mundo social y una última democrática, que equiparó raza a

especie y buscó elevar igualitariamente a toda la población (CAROL, 1995). En el pesimismo de Bunge la aristocracia es vulnerable ante la ciencia y no hay cabida para variantes de tipo democráticas. Sí en cambio existe un desafío por extremar los recursos de la ciencia, aun dialogando con la religión, para llegar a respuestas tecnocráticas que incuestionablemente lleven a la verdad.

La desconfianza de Bunge en la aristocracia y su pesimismo reflejan una forma de recepción de la eugenesia en la que pueden advertirse reelaboraciones afines a las que conducirán en Italia y desde una matriz tecnocrática, a buscar más allá de la estirpe, en la constitución de los individuos, aquellas cualidades hereditarias capaces de detener la “decadencia racial”. Y al hacerlo acentuará anhelos como los que Bunge esbozó en esta fantasía, de reunir la biología moderna y la religión.

También en Bunge es notorio el pesimismo que impregna su diagnóstico acerca del devenir de la civilización, con la introducción de claros signos decadentistas. La aparente flexibilización del determinismo de *Nuestra América* (1903), se desvanece con las últimas sentencias de su Darwin ficcional advirtiendo que: “la humanidad será pronto decrepita si sigue su evolución [...] Espera acaso a la Europa y América el destino del Asia, esto es, la corrupción sexual, el afeminamiento y la decadencia” (BUNGE, 1908, p.88). De este modo, una evolución mal orientada ocasionaba la decadencia de la cultura burguesa viril y, en esa situación de confusión “asiática”, hasta la estirpe intachable de Lucas quedaba equiparada a la sangre “plebeya” de Teresa. La “inversión” resentía el modelo patriarcal amparado en la superioridad del hombre, alimentando una desconfianza que iba más allá de aquellos que por debilidad racial perecían en la lucha por la vida, para extenderse hasta alcanzar a las mejores estirpes. Las élites aristocráticas ya no podían quedar a salvo de la decadencia porque el mal estaba en el ambiente y también en sus genes (MIRANDA; VALLEJO, 2006, p.75).

El cuento se asienta así sobre una aleccionadora fantasía científica y mística a la vez, que combina a Dios con la civilización, para construir una reflexión racial fundada en un viaje que cambiaba el sentido del recorrido *La Divina Comedia* para terminar así en un nuevo infierno: el de la degeneración de la vida moderna.

4 Farsa eugenesia

José Gabriel en *Farsa Eugenesia* (drama clásico llevado al teatro en el mismo año de su publicación) despliega toda su furia contra el positivismo que asocia a figuras asimilables a las del propio Bunge. Aunque su mordacidad gira en torno al personaje central de la obra, el Dr. Pirulero, un médico ignorante, necio, vanidoso, que bien puede ser considerado *alter ego* de Horacio Piñero. El Dr. Pirulero es el Presidente de la Sociedad Eugénica para la Regeneración Universal, aquejado por una manía biologizadora que es sobrevalorada por una sociedad con altos signos de hipocresía.

El Dr. Pirulero espera que

los poderes públicos sancionen la ley de matrimonio eugenésico que hemos proyectado, en adelante no se permitirá casarse a nadie que presente la menor tara física. Es una vergüenza lo que está ocurriendo. Padres tísicos, padres sifilíticos, padres alcoholistas o enclenques casarse para dar al mundo seres inútiles ¡No, no! Esto no puede seguir (JOSÉ GABRIEL, 1927, p.65).

Además de aludir a Piñero, hay aquí una directa referencia a la hipocresía que envuelve la Ley de Profilaxis de la Lepra, que en 1926 instituyó el primer impedimento matrimonial por razones eugénicas en Argentina y a las campañas que desde 1921 venía impulsando la Liga de Profilaxis Social.

Por su parte, el Dr. Pirulero exhibe las aplicaciones directas llevadas a cabo al constituir una familia eugénica ideal. En efecto, su hija, a la que llama Geni (diminutivo de Eugenia), y sus hijos Hans y Sergio, por sus cualidades eugénicas le reportaron al Dr. Pirulero más de diez premios de belleza infantil que éste consideraba “la mejor prueba” de los logros de “su ciencia” (JOSÉ GABRIEL, 1927, p.20). Se alude aquí expresamente a prácticas muy habituales dentro del movimiento eugenésico internacional, con particular arraigo en países de ascendencia anglosajona y Cuba (BRUINIUS, 2006) (MIRANDA, 2014).

Sus hijos nacieron en el exterior, el último en Indianápolis, “por imposición mía. Dice Pirulero: “un hijo tenía que nacer en América, país de gente sana” (JOSÉ GABRIEL, 1927, p.68). José Gabriel también toma aquí debida nota de una ciudad situada dentro del Estado en el que comenzaron a llevarse a cabo las esterilizaciones compulsivas por una ley de 1907.

El Dr. Pirulero también posee un hijastro. Se trata de Enzo, despreciado por sus hermanastros y por su propio padrastró. Sergio, Hans y Geni lo llaman cruelmente “la ruina”.

La esposa del Dr. Pirulero es Romilda, quien pasa largos períodos fuera de su casa viajando. Para esposarse, el Dr. Pirulero debió realizar una muy cuidada selección eugénica, en la que quedaron en el camino varias novias. “Romilda fue la sexta. La primera sufría disrea, la segunda era inapetente, la tercera tenía un premolar careado y un incisivo fuera de sitio, la cuarta comía en exceso” (JOSÉ GABRIEL, 1927, p.71). Con la quinta, un día que la visitó advirtió que “la madre revolvió papeles viejos. De pronto, sale por ahí un retrato de la abuela [...] a simple vista no tenía nada [...]pero prestando más atención...] tenía una pupila algo más dilatada que la otra (p.71). Estaba lo bastante claro “para delatar aquella monstruosidad ¡Una pupila dilatada!... ¡Oh, que temeridad inconciente! Gracias que vi el retrato. Heredosífilis” (p.72), dice haciendo un gesto con asco. Decidió así romper el noviazgo para evitar “hijos esmirriados, enclenques, raquíuticos, tal vez un ciego, tal vez un paralítico, tal vez un loco [...Finalmente encontró a Romilda] tan inmaculada como yo, que soy de ascendencia intachable” (p.74).

Dentro de esta familia quedan ocultas todas las virtudes morales que concentra un personaje, el hijastro Enzo, que es trabajador, amable, culto, único capaz de sacrificarse por los demás. Allí José Gabriel deposita atributos heroicos que parecen remitir al joven idealista que irrumpió con la Reforma Universitaria aunque con una exacerbada dosis de perfección angelical.

La trama de la obra comienza al develarse un engaño tras otro. Enzo descubre que Geni está embarazada y escribe a su madrastra para que regrese de su viaje. Con la llegada de Romilda se desencadenan nuevas revelaciones. Geni admite su embarazo pero acusa a su madre de haber sido infiel:

ya puedes decirlo todo. Pero tendrás que oírlo todo también [...] porque si yo soy cochina, tu eres cochina diez veces, si yo he hecho una porquería, tú has hecho cien, si yo he caído una vez, tú has caído mil. Te conozco. Sé quién eres. Sé lo que haces por ahí. Todo el mundo lo sabe ¡Basta de hipocresías, Basta de hipocresías! [...]. Yo sé muy bien a qué responden tus constantes viajes, qué haces por ahí, con quién andas. ¡Si es preciso estar ciego para no verlo! Aquí mismo, en tu casa, en las narices de tu marido, recibes cartas de tus amantes (JOSÉ GABRIEL, 1927, p.106-108).

Luego de varios rodeos, Romilda admite la acusación de Geni e indaga por lo que sabe de ambas su esposo. Pero él está aquejado por su propio problema. Geni oyó decir que advirtieron en su padre la aparición de una enfermedad hereditaria: Heredosífilis. Y deduce que la única posibilidad de padecer una enfermedad hereditaria era por Enzo.

Sí, Enzo, ese infeliz, esa ruina [...] ¿No se examinó bien papá antes de casarse y no vio que no tenía nada? [...] Y nosotros, sus hijos ¿tenemos seña de alguna enfermedad? [...] Entonces, no quedaba más: era Enzo, ese enclenque que traía de sus padres la enfermedad y se la había contagiado a papá [...]. Después de haberlo recogido de la calle, de haberlo criado como un hijo, nunca ha servido más que para armar discordia. Y tenía que concluir por venir a apestarnos (JOSÉ GABRIEL, 1927, p.111-112).

Al saberse enfermo, el Dr. Pirulero busca salvar su ciencia y le expresa a Romilda:

Yo, el presidente de la Sociedad Eugénica para la Regeneración Universal... ¿enfermo? [...]. Tanto inútil que anda por ahí y que podía morirse, y venir yo a ser el castigado; yo, que he dedicado toda mi vida a la salud de la especie; yo, que habría regenerado a la humanidad. Esto es mi deshonra. No me queda más salvación que Enzo. Los demás están sanos. Que sea Enzo el que me enfermó a mí (JOSÉ GABRIEL, 1927, p.137-138).

A Enzo no le importará que eso no sea cierto. “Él no tiene contraída una responsabilidad social, como yo”, agrega (p.139).

El Dr. Pirulero trata entonces de persuadir a Enzo de su culpabilidad por poseer el mal por herencia o por contagio. La larga conversación se interrumpe con Romilda, que se quiebra y exige que se diga toda la verdad. Enzo no era adoptivo sino hijo carnal de Romilda y el Dr. Pirulero. “Eres hijo nuestro ¡Perdón hijo mío!”, dice angustiada Romilda. “Ese hombre te ocultó porque no naciste sano y fuerte como los otros, y yo consentí la ocultación” (p.179). Y le reprocha al Dr. Pirulero: “¿qué ciencia es la tuya, dí? ¿Qué persigues? ¿Cómo has podido vivir veinte años al lado de esta criatura, sin sentírte conmovido?” (p.180).

La obra de José Gabriel completa esta disputa que adquiere rasgos de una verdadera contienda social, con un final aleccionador: las máscaras se caen y la verdad premia al idealista, que encuentra reconocido sus valores en su propia familia que opera como un teatro de la sociedad, mientras el necio que envuelve con la *farsa eugenesia* una vida miserable termina sólo, encerrado en su laboratorio.

Conclusión

En Bunge, su pesimismo revela un estado de insatisfacción y duda por los resultados de las mismas exclusiones que en su habitual praxis, pregona. Puede decirse que la obsesión eugénica originada en su positivismo lo lleva a entrar en una interminable paranoia donde resulta difícil saber quién es quién. Lo que queda en pie es una especie de mandato misional por poner en duda el universo de la normalidad, indagar allí donde la ciencia parecía segura de identificar la anomalía. Vale decir, integrar la culpa católica a la ciencia para instalar un estado de cosas donde cada uno fuera culpable o anormal, hasta que el examen científico revele su inocencia o su estado de salud. Estamos aquí en presencia de una eugenesia que dejó su matriz aristocrática por otra tecnocrática.

Similares coordinadas, llevarán a la eugenesia a realizar en la década de 1920 formulaciones como la italiana que será particularmente influyente en Argentina, donde se conjugarán ciencia y religión y la interrogación por el factor ambiental pasará a ocupar un papel central en la búsqueda de anomalías. Lo ambiental sería un refuerzo en la búsqueda de un mal que podía no aparecer en la herencia, y a la vez era el mecanismo por el cual el eugenista desplegaba su accionar a través de una interminable microfísica de poder que abarcaría, la educación, la salud, la inmigración, etc.

En José Gabriel esa misma eugenesia será la expresión de una farsa sostenida a modo de máscara que ocultaba la hipocresía y la doble moral del liberalismo argentino. Luego de su crítica situada en 1927 en los umbrales del desarrollo intenso de la eugenesia en Argentina, sobrevendrán episodios por demás significativos. Cuando en 1930 aquel liberalismo investido de un barniz cientificista compartía su fascinación por la eugenesia neolamarckiana y por una asonada militar de inspiración fascista, será el propio José Gabriel quien lo sufra en carne propia tras cuestionar ácidamente aquellos episodios. Comenzará su exilio en Montevideo y su posterior viaje a España para sumarse a las milicias internacionales que resistían el avance del fascismo internacional, antes de retornar a la Argentina para asumir en 1955 una posición abiertamente crítica a un nuevo golpe de Estado que, poco antes de su muerte, volvería a enfrentarlo descarnadamente con el núcleo duro de la élite intelectual. Y como sucedió en 1930, también ahora un golpe de Estado abría las

puertas de la eugenesia en la cultura científica argentina a través de acciones que comprendieron la creación de estudios universitarios en la materia (Vallejo, 2013).

Referencias

BRUINIUS, H. **Better for all the World. The Secret History of forced Sterilization and America's Quest for Racial Purity**. New York: Alfred A. Knopf, 2006.

BUNGE, C. O. **Viaje a través de la estirpe y otras narraciones**. Buenos Aires: Biblioteca de La Nación, 1908.

CAROL, A. **Histoire de l'eugénisme en France**. Paris: PUF, 1995.

FERNÁNDEZ BRAVO, A. Americanismo, biología e identidad: el cuerpo continental en Manoel Bomfim y Carlos Octavio Bunge. **Hispanamérica**, Maryland, n.92. p.61-74, 2002.

GALASSO, N. José Gabriel López Buisán, ese hombre desconocido y olvidado. **Tiempo Argentino**. Buenos Aires: 20 de marzo de 2013.

GINZBURG, C. **El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

GLICK, T. La recepción del darwinismo en el Uruguay. En: GLICK, T.; RUIZ, R.; PUIG SAMPER, M. Á. (eds.). **El darwinismo en España e Iberoamérica**. Madrid: UNAM-CSIC-Doce Calles, 1999, p.47-68.

GLICK, T.; HENDETRSON, M. Las recepciones científicas y populares de Darwin, Freud y Einstein: hacia una histotria analítica de la difusión de las ideas científicas. En: GLICK, T.; RUIZ, R.; PUIG SAMPER, M. Á. (eds.). **El darwinismo en España e Iberoamérica**. Madrid: UNAM-CSIC-Doce Calles, 1999, p. 289-297.

HOLMBERG, E. **Dos partidos en lucha**. Buenos Aires: Imprenta El Argentino, 1875.
INGENIEROS, J. **La simulación en la lucha por la vida**. Buenos Aires: Losada. 8° ed. Buenos Aires, 2003.

JOSÉ GABRIEL. **Farsa eugenesia**. Buenos Aires: Calpe-Urgoiti, 1927.

MIRANDA, M. Recepción de la fantasía darwiniana en la Argentina decimonónica. **Theomai**, Bernal, n.5, 2002. Disponible en <<http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero5/artmarisamiranda5.htm>>. Acceso 4 ago. 2014.

_____. Recepción del evolucionismo en la epistemología jurídica argentina: aspectos de la iusfilosofía bungeana. **Anuario del Instituto de Historia Argentina**, La Plata, n.4, p.127-142, 2004.

_____. **Controlar lo incontrolable. Una historia de la sexualidad en la Argentina**. Buenos Aires: Biblos, 2011.

_____. La eugenesia y sus historiadores: Argentina, pasado y presente. En: BIERNAT, C.; RAMACCIOTTI, K. (eds.). *Historia de la salud y la enfermedad*. Buenos Aires: Biblos, 2014. p.83-102.

MIRANDA, M.; VALLEJO, G. Psicología de la inferioridad de los pueblos hispanoamericanos. Notas sobre el pensamiento de Carlos O. Bunge. **Frenia**, Madrid, v.6, 2006, p.57-77.

_____. Carlos Octavo Bunge. En: DUSSEL, E.; MENDIETA, E.; BOHÓRQUEZ, C. (eds.). En: **El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y `latino´ (1300-2000)**. México: CREFAL/Siglo XXI Editores, 2009. p.785-786.

MONSERRAT, M. La mentalidad evolucionista en Argentina: una ideología del progreso. En: Glick, T.; RUIZ, R.; PUIG SAMPER, M. Á. (eds.). **El darwinismo en España e Iberoamérica**. Madrid: UNAM-CSIC-Doce Calles, 1999, p.19-46.

MOREAU, A. La pretendida regeneración de las razas. En: AAVV. **Extensión Universitaria. Conferencias de 1907 y 1908**. La Plata, UNLP, 1909, p.207-229.

TERÁN, O. **Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.

VALLEJO, G. La eugenesia latina y las relaciones de Argentina con Italia. En: MIRANDA, M.; VALLEJO, G. (dirs.). **Una historia de la eugenesia. Argentina y las redes biopolíticas internacionales (1912-1945)**. Buenos Aires: Biblos, 2012, p.167-217.

_____. **Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y Universidad (1882-1955)**. Madrid: CSIC, 2007.

_____. Una eugenesia liberal y católica en la segunda posguerra. Argentina en la década de 1960. En: CALVO, L.; GIRÓN, A.; PUIG-SAMPER, M: (eds.). **Naturaleza y laboratorio**. Barcelona: Residència d'Investigadors-CSIC, 2013, p.265-296.

VEZZETTI, H. (ed.). **El nacimiento de la psicología en la Argentina**. Buenos Aires: Puntosur, 1988.

Artigo:

Recebido em: 04/10/2014

Aceito em: 05/12/2014